

Le propuso excelsos puestos,
Le quiso colmar de honores.

Y él todo lo despreciaba
Por su curato del Norte,
Y cuando rechazó un día
Ciertas pingües comisiones,
Le recordó el gobernante
El Sacramento y su porte;
Pero él con ingenua calma
Dijo: *aquel que desconoce
Su honor como mexicano
Y sus sentimientos de hombre,
Es un vil, fuere el que fuere,
Y más vil si es sacerdote.*

Y así tornó el padre santo
A su curato del Norte,
Donde le aman con ternura
Y llenan de bendiciones.

¿Yo digo, habrá muchos padres
Como Ortiz en esta corte?

GRANDE
Y DOLOROSO ROMANCE DEL
TRATADO DE PAZ.

I.

LA ACADEMIA.

Es un óvalo mezquino
Con una bóveda obtusa,
Que más que techo parece
Una concha de tortuga;
Es un enorme intestino
Que por anómala incuria
Se abandonó á flor de tierra,
Baldón de la arquitectura;
Es conato de galera,
De iglesia irrisión y burla
Y de gran salón parodia
Por su plebeya figura;
Son sus paredes macizas,
Y por un lado en la altura
Trepadas unas ventanuas
Que indolentes disimulan
La entrada de las tinieblas
A un fondo de sepultura.

Contra la pared se ostentan
Tres sendas toscas y curvas
Que con grandeza la ciñen
Con su forma de herradura.

Si en el pavimento hay losas
Piedras ó tierra, se duda,
Pues las quebras y barrancas
En su superficie abundan.

Y á este asilo de las sombras,
A esta troje que es injuria
Del buen gusto, que en Querétaro
Por todas partes deslumbra,
Le llamaron Academia
En las pasadas centurias.

Y allí ardientes se empeñaron
Las lides de la tribuna:
En las gradas se elevaba
Un dosel de rica púrpura,
La mesa y el Santo Cristo;
Luego siguiendo la curva
Los severos diputados
Con austera compostura
Tras el barandal de palo,
Que al que inadvertido cruza
Le avisa con los vaivenes
Los peligros de su nuca.
Abajo queda un vacío
Que nadie atreyido ocupa;
Después un pequeño trecho
En que las gentes se agrupan;
Y con martirios del cuerpo
Resuellan con ansia y puján.
Allí se empeñó el debate
De nuestra suerte futura,
Allí fué el triste Calvario
Que al país tuvo en torturas.

II.

LOS DEBATES.

El sol de Mayo ostentaba
En Querétaro su brillo,
Dorando las sementeras
Y los bellos edificios,
Cuando llegó la noticia
Y cundió por el gentío
Que los tratados llegaron
Ajustados con sigilo
Por Trist y Couto Bernardo,
Scott y el gobierno mismo;
Aprobándose sin tachas
En los Estados Unidos.

El debate en el Congreso
Se anuncia grave y tranquilo;
Y la duda atribulando
Los ánimos embebidos
Presagiaba amenazante
Del motín el estallido.
En la Academia se hallaban
Los diputados reunidos
Con majestad imponente
Reconcentrados y dignos.

Elorriaga los preside,
Hombre de fibra y de juicio,
Y con religiosa calma
Al debate dió principio.

Quedó el salón cual desierto,
Plegó sus alas el ruido,
Y algo invisible y tremendo
Vagaba en el edificio,
Que en ansiosa expectativa
Embargaba los sentidos
Pendientes del movimiento
De los labios del destino.
Anaya rindió su informe
Como de Guerra Ministro,
Impasible y descarnado
Como sus propios guarismos.

Rosa mostró de la Hacienda
Los interiores exiguos;
Y el esqueleto del hambre
Expuso sin atavíos.

Y la comisión compuesta
De hombres sabios y conspicuos,
Por honradez respetables
Y por sus grandes servicios,
En la que brilló Jiménez
Y Lares el erudito,
A la que el sutil Lacunza
Dió renombre sapientísimo,
En la que lució Macedo
Sus dotes de hombre entendido,
Sin faltar á la finura
Y con su tacto exquisito.

Estos dieron su dictamen
Que opinaba decidido
En términos razonados

Por la paz, diciendo explícitos:

La necesidad se impone;

No nos queda más arbitrio.

Le oyeron los paladines
A la lucha prevenidos
Y en el padrón del combate
Vieron sus nombres escritos
Entre tempestades de ira,
Entre amenazas y gritos.

Por la Paz se inscribió Elguero,
Joven del hablar divino,
Con sus grandes ojos negros,
De contestura enfermizo,
De Titán el pensamiento,
Dulce, tierno y persuasivo;
Lacunza inscribió su nombre
Que era de todos temido
Por su saber y destreza
Y sus discursos sofisticos:
Cubiletos le llamaban
Porque con sus artificios
Tornaba lo blanco negro
Y lo dañoso benigno.

Por la Paz abogó Payno
Con su abandonado estilo,
Pero lleno de talento,
Chistoso y entretenido.

En la guerra está Doblado
El de incontenible brío,
Palabra como torrente,
Audaz, violento, agresivo,

Queriendo con hiel y sangre
Ahogar á sus enemigos;
Arriaga, el insigne Arriaga
Al comenzar era tímido,
Casi tartamudo hablaba
Con pálido colorido,
Mas de repente brotaba
En su alma el fuego divino
Y su elocuencia potente
Y sus poderosos ímpetus
Le daban de su auditorio
La plenitud del dominio.

En la lid del Parlamento
Siguieron á sus caudillos



L. DE LA ROSA



PEÑA Y PEÑA



GRAL. LEÓN



D. J. M. CUEVAS



LIC. COUTO

Aguirre el de la frontera
Que era al batallar prodigio;
Manuel Muñoz, chihuahuense,
Que en los pasados conflictos
Se portó cual buen soldado
En los combates reñidos;
El sabio Cuevas modelo
De honradez y patriotismo;
Y yo bizoño recluta
Que de mención no soy digno.

Nunca la palabra humana
Adquirió mayor prestigio
Que en el solemne debate
Que tan pálido describo.
Era la conciencia augusta
Que del alma en lo mas íntimo
Brotaba á Dios aclamando
Y á su poder infinito.

La palabra era pretexto
Del palpar del espíritu,
Que invisible atravesaba
Entre resplandores vívidos,
Ya revelando el futuro
Ya mostrando en lampos igneos
Al dolor, á la venganza,
A los hermanos vendidos
Con los huesos de sus padres,
Con la tierra de sus hijos.....
Y en el concurso rumores
Por la atención comprimidos
Que apagados se escuchaban
Como subterráneos gritos;
Y la opinión vacilante
En los encontrados giros
Que la discusión tomaba
Se semejaba al delirio.

Iba á cerrarse el debate
Cuando un circunstante dijo:
Que hable el Lic. Cuevas
Que la palabra ha pedido;
Está en cama, replicaron;
No importa, désele aviso;
Y de pie los diputados
Dieron voto afirmativo.

Quedó la sesión suspensa,
Quedó en silencio el recinto,
Cúal de estatuas el concurso,
Y el presidente en su sitio.

III.

EL SR. DIPUTADO
D. JOSÉ MARÍA CUEVAS.

Se descolgaban las sombras
Por las exiguas ventanas
De la Academia, y sus muros
Gruesos cirios alumbraban
Que puestos de trecho en trecho
Casi fúnebres dejaban
Ya macizos de tiniebla
Ya piélagos de luz clara;
Viéndose en alto imperando
En perspectivas fantásticas
Ya cuerpos sin sus cabezas
Y ya sin cuerpo las caras.

De pronto se oye un estrépito
De la academia á la entrada:
Era Cuevas que venía
Tendido sobre su cama,
Conducido por sirvientes
Y por gente de su casa.
Se puso el lecho en el suelo,
El timbre tocó Elorriaga,
Y á que hable se invitó á Cuevas
Tras de prolongada pausa,
Que aprovecho dibujando
Al héroe de la jornada.

Eráse Cuevas un hombre
De tez morena y sin barba;
Cabeza de gran volumen,
Pelo negro y frente magna
Que inclinaba la modestia
Y do el talento brillaba;
Dos vidrios de verde oscuro
Apagaban sus miradas;
Y su voz enronquecida
Como recordando lágrimas,
Fácil y en raudal sentido

Brotaba de su garganta.
Sobre su lecho extendido,
Envuelto en profusa capa
Con cuello de piel de nutria
Donde su faz se ostentaba
Como de marmóreo busto
La efigie decapitada.
Cadavérico, terrible,
Inmóvil y en honda calma
Se levantó al concedérsele
El uso de la palabra;
Se alzó como si un espectro
Su sepulcro abandonara:
«¡La paz queréis, clamó, y á la deshonra
«Pretendéis le doblemos la rodilla,
«Renegando cobardes del derecho
«Pisoteando villanos la justicia?
«La paz, la transacción! Besando ufanos
«Con labio envilecido la ignominia?
«¡Quién clama por la paz! ¿Son los vendidos
«A la fuerza brutal y á la perfidia,
«Los que sienten el látigo del amo
«Y su hogar contemplar sin sus familias?
«Son acaso los muertos insepultos
«Que abandonados en los campos gritan:
«Piadosos invasores cuyas balas
«Lauros nos dieron al cegar las vidas?
«¿Quién nos pide la paz? ¿Son los valientes
«Que con el arma al brazo y en sus filas
«Palpitando de gloria y entusiasmo
«Esperan la hora de la lid reñida?
«La paz, los ambiciosos la cortejan,
«Los que aman de la corte las delicias
«Y con tal de beber en copa de oro,
«Rastreros beberán su afrenta misma!
«Mirad á nuestra patria y sus ultrajes,
«Vedla vagar abiertas sus heridas,
«Delirante los restos de sus hijos
«Buscando entre despojos y entre ruinas!
«¡Ay! ¡Ay de tí, mi México adorado!
«¡Ay! ¡Ay de tí, generación indigna.»
Y su brazo cubierto en su ancha capa
Se alza terrible, fulminando su ira.
«Luchemos sin cesar, á los valientes
«La suerte de las lides no intimida,

«Que el que muere por la honra de su patria
 «Lauros arranca á la victoria misma.»
 El anatema que rasgaba el viento
 La bóveda siniestra repetía;
 Los conscriptos dejaron sus asientos,
 Al orador sumisos circuían,
 Y del tribuno la imponente talla
 Parece que de súbito acrecía.
 «Será nuestro dogal esa frontera
 «Que hoy el temor estúpido limita;
 «Y la espada de Breno poderosa
 «Será de sus antojos la medida;
 «Aprenderemos en extraño idioma
 «A pedir pan al vil que nos humilla;
 «Y cerraremos trémulos los ojos
 «Cuando violen brutales nuestras hijas.
 «Porque ¿no los dejamos que arrebatan
 «Cuanto les dicte su infernal codicia?
 «Que azoten, que destruyan, que declaren
 «Botín de guerra las ciudades ricas;
 «Mas, tratar? transigir? dar aquiescencia
 «A la vileza en pacto convertida?
 «Y contar sobre el manto ensangrentado
 «De la patria humillada, escarnecida,
 «Los dineros.... valuando la tortura
 «Y el futuro espantoso de la víctima?
 «¡Oh! no, no puede ser.» Y del profeta
 Con el llanto la voz se enronquecía.
 El concurso rompiendo las barreras
 Que sus ímpetus bravos contenían,
 Ahullaba de dolor, y sus gemidos
 Los muros con terror repercutían.
 El orador cortando su palabra
 En su lecho cayó como la encina
 Que después que relucha poderosa
 Contra la tempestad, cruge, vacila,
 Y por fin, sobre el suelo se desploma;
 Y su cadáver el espanto inspira.

Desvaneci6se súbito el fantasma,
 Después de sus tremendas profecías
 Se hizo el silencio; los gigantes cirios
 Derramaban sus luces amarillas
 Con fúnebre vibrar..... tumulto inmenso
 Ruge del edificio á la salida.

De pronto reverberan mil antorchas;
 Al lecho con ardor se precipitan
 Los diputados todos que lo elevan
 Y en su marcha al hogar lo glorifican.

1848.

NOTA.—El discurso que supongo aquí en los labios del Sr. Cuevas, está compuesto de mis recuerdos vagos y confusos de lo que dijo; añadiendo y quitando, según las reglas del verso. El verdadero discurso del Sr. Cuevas fué sublime é inimitable sobre toda ponderación.